

---

## TERCERA FILÍPICA, Ó SEGUNDA OLINTIANA.

---

### Introduccion.

Los atenienses hicieron partir á Cares para Olinto, con treinta galeras y tres mil mercenarios. Este general dispersó en la costa de Palene un cuerpo de ochocientos hombres que se conocia por *los predilectos de Filipo*. «A la nueva de esta pequeña y fácil victoria, dice Libanius, el pueblo ateniense se embriaga de gozo, y los oradores le exhortan á destruir á Filipo con un golpe decisivo. Pero Demóstenes temía que, ciego por sus ilusiones y creyendo haber socorrido bastante á Olinto, este pueblo ligero se cuidase poco de lo que todavía quedaba por hacer. Sube á la tribuna, reprende una alegría tan inmoderada, y procura reducir sus conciudadanos á la circunspeccion y la prudencia.» «¡Tratais ahora, dice, de castigar á Filipo! Pensad más bien en salvar á vuestros aliados.» Olinto, amenazado más de cerca por el rey de Macedonia, pedia, en efecto, en el mismo año, nuevos socorros á los atenienses.

### Discurso.

No puedo menos de sorprenderme, ¡oh atenienses! cuando comparo nuestra situacion con los discursos que aquí oigo. ¡Solo se os habla de castigar á Filipo! y yo os veo reducidos á la necesidad de discurrir primero el modo de ponerlos á cubierto de sus insultos. Así, pues, los que usan tal lenguaje, no hacen, en mi juicio, nada más que

estraviarse apartando vuestra deliberacion de su verdadero objeto. Ciertamente que Atenas ha podido otras veces tener su imperio al abrigo de todo peligro y castigar á Filipo: tengo la certidumbre de ello, porque no ha trascurrido mucho tiempo desde entonces, y recuerdo la época en que se hallaba en situacion de hacerlo así. Pero estoy convencido de que en la actualidad es bastante para nosotros el defender á nuestros aliados. Conseguido este primer objeto, podremos descubrir en seguida los medios de asegurar nuestra venganza; pues mientras que el principio no está sólidamente asegurado, es inútil, á lo que yo pienso, ocuparse del fin.

Si alguna deliberacion merece una atencion invariable y profunda, y una prudencia consumada, es, atenienses, esta que nos ocupa. No porque crea muy difícil indagar lo más conveniente en esta ocasion, sino porque ignoro, ¡oh mis conciudadanos! la manera de presentarlo ante vosotros. Me he convencido por mí mismo y por los demas oradores, de que la fortuna os ha vuelto la espalda, por no haber querido cumplir con vuestros deberes, más frecuentemente que por no haberlos comprendido. Si algunas veces he hablado con atrevimiento, creed que es digno de que me lo dispenseis, y de que únicamente consideréis si es la verdad lo que os digo, y si mi objeto no consiste en hacer vuestro porvenir más próspero. Habeis visto que las adulaciones de algunos oradores han abierto el abismo en que vá á hundirse la República. Pero ante todo, es indispensable recordaros algunos hechos anteriores.

Hareis memoria, atenienses, de que hace tres ó cuatro años, se os anunció que Filipo asediaba en Tracia el fuerte de Hereum: era por los meses de Setiembre y Octubre. Despues de largos y borrascosos debates, decretásteis armar cuarenta triremes, el embarque de los ciudadanos hasta la edad de cuarenta y cinco años, y una contribucion de sesenta talentos. Sin embargo de esto, trascurrió

aquel año y llegaron los meses de Agosto y Setiembre del siguiente, en cuya época, con gran trabajo y despues de la celebracion de los Misterios, hicísteis partir á Caridemo con diez naves vacías y cinco talentos de plata. Esto consistió en que, apenas supísteis la enfermedad y la muerte de Filipo, (pues ambas noticias circularon) creísteis superfluo todo socorro y dejásteis las armas. Aquel era, sin embargo, el instante propicio; y si hubiésemos corrido al campo del combate con el ardor que anunciaba vuestro decreto, hoy ya no sentiríamos ningun cuidado por ese Filipo que entonces se salvó. Este suceso es, sin disputa, inolvidable; pero habiendo llegado el momento oportuno de otra guerra, si os recuerdo aquella falta, es para que no volvais ahora á cometerla. ¿Cómo, pues, atenienses, procederemos en las circunstancias que la fortuna nos ofrece? ¡Oh, si no socorreis á Olinto con todas vuestras fuerzas, con todo vuestro poder, pensad que solo habreis tomado las armas en servicio del Macedonio!

Olinto habia venido á ser una potencia, y por un efecto de su posicion politica, Filipo y ella se observaban con una reciproca desconfianza. La paz se negoció entre nosotros y los olintios. Era para el Macedonio un contratiempo y un disgusto cruel el que una importante ciudad, dispuesta á atacarle, se hubiese reconciliado con Atenas. Pensamos entonces que era indispensable armar á sus habitantes contra el Príncipe. Pues bien, lo que todos pedísteis á gritos, hélo aquí realizado, sin que importe cómo. ¿Qué falta, pues, que hacer, ¡oh atenienses! si no enviar vuestros socorros con valor y ardimiento? Sin hablar del oprobio que nos cubrirá si hacemos traicion á semejantes intereses, no puedo entrever el porvenir sin sobresalto. Veo á los tebanos que nos acechan; á los focidenses empobrecidos y arruinados, y á Filipo, una vez destruida Olinto, libre de los obstáculos que le impidan arrojarse sobre el Atica. El ateniense que aguarde esto para cumplir con

su deber, quiere llamar sobre su patria las calamidades de que solo debia sentir un eco lejano; quiere verse precisado á mendigar protectores para sí mismo, cuando desde el presente podria ser el protector de muchos pueblos. ¡Oh! ¿Quién de nosotros ignora que este será nuestro destino si despreciamos hoy la fortuna?

Sí, se dirá, todos sabemos que son indispensables los socorros, y estos socorros serán decretados; pero, ¿y los medios de adquirirlos? Esto es lo que deseamos que nos indiquen. No os sorprendais, ¡oh atenienses! si emito un parecer extraño para la mayor parte de vosotros: nombrad revisores de las leyes: con esto no establecereis ninguna nueva, pues yo creo que teneis demasiadas, pero las que hoy os perjudiquen pueden derogarse. Nombraré sin rodeos las leyes teatrales y las leyes militares, que son las que en vanos espectáculos sacrifican el sueldo del ejército, á los ociosos que quedan en sus casas; las que aseguran la impunidad al soldado refractario y desaniman, por esto solo, al soldado fiel. Romped esas ligaduras para que la voz del bien público pueda levantarse sin miedo al castigo, y pedid un promotor para los decretos cuya utilidad sea por todos vosotros reconocida. Sin esto no busqueis un orador que por serviros se condene á perecer á vuestras manos; no lo encontrareis, porque lejos de procurar un beneficio á la patria, el autor de una proposicion de esta índole, solo conseguiría atraer la persecucion sobre su cabeza y hacer más temible en lo sucesivo el papel, ya peligroso, de leal consejero del pueblo. ¿Deben encargarse de suspender estas leyes funestas, ¡oh atenienses! los mismos que las han introducido? No, no, no es justo que un privilegio, precio extraño de tantas heridas hechas á la patria, pertenezca á estos culpables legisladores, mientras que, una medida que podria curarlas, llamará el castigo sobre el ciudadano que os dirija palabras de salud. Pero, antes de acordar esta reforma, persuadios bien de

que ninguno entre vosotros es bastante poderoso para atacar con impunidad semejantes leyes, ni bastante insensato para arrojarse en un precipicio que sus ojos ven abierto bajo sus piés.

Guardaos tambien, atenienses, de desconocer la verdad de que un decreto no es nada sin la resolucion firme de cumplir con energía lo que dispone. Ciertamente que si los decretos tuviesen la virtud de encadenaros á vuestros deberes ó de ejecutar lo que en ellos se prescribe, no los hubiéseis prodigado tanto para hacer tan poco, ó mejor dicho, para no hacer nada, y Filipo no hubiera repetido sus ultrajes por espacio de tantos años; pues hace mucho tiempo que vuestros decretos le hubiesen aplicado su castigo. Pero, ¡cuán de otro modo ha sucedido! Posterior en el orden de los tiempos á las deliberaciones y á los acuerdos, la ejecucion es en realidad la primera en el orden de la importancia y la eficacia. Ella sola nos falta; tratemos pues de adquirirla. Hay entre vosotros ciudadanos capaces de aconsejaros dignamente, y para juzgar de sus palabras, vosotros sois, ¡oh atenienses! los más perspicaces de los hombres. Si sois cuerdos, tambien el poder de la accion se encuentra hoy en vuestras manos. ¡Oh! ¿Qué momento más favorable podreis esperar? Si no es al presente, ¿cuándo hareis lo que os conviene? ¿Creeis acaso que el usurpador no es dueño ya de todos los baluartes de la República? Dejarlo aun que subyugue á Olinto sería condenarnos á la infamia. Aquellos á quienes juramos salvar si él los atacaba alguna vez, ¿no han sido ya atacados? ¿No es el agresor nuestro enemigo? ¿No es nuestro espoliador? ¿No es un bárbaro? ¿Quién será capaz de decir todos los males que nos ha causado? ¡Oh dioses! ¡Despues de habérselo cedido todo, nosotros, cómplices de sus triunfos, preguntaremos quién es la causa de nuestra ruina! Porque yo sé demasiado que nos guardaremos muy bien de confesar que somos los culpables. En el peligro del combate,

¿quién es el fugitivo que condena su propia cobardía? Acusa á su general y á su camarada; lo acusa todo menos á si mismo, y sin embargo, la pérdida de la batalla se debe á todos los fugitivos juntos. Cada uno dice á los demás que podian haberse mantenido firmes, y si todos lo hubieran hecho se habría vencido. Así pues, ¿se presenta un dictámen poco acertado? Que otro se levante á combatirlo sin inculpar al preopinante. ¿Son las opiniones más sábias y prudentes las que se esponen? Seguidlas, bajo la égida de vuestra buena fortuna. Pero no tienen, me direis, nada de agradable. Eso no es culpa del orador. ¡Oh! ¡Es muy fácil, atenienses, presentar en pocas palabras todos los objetos de nuestros deseos! Pero escoger un partido en las deliberaciones públicas, hé aquí lo que es más difícil. Cuando todo no puede obtenerse, prefiramos al menos lo que nos sirve á lo que nos agrada.

Pero si alguno, direis, sin tocar á nuestros fondos teatrales, encontrase para el ejército otros recursos, ¿no sería esto preferible? Que se demuestre que esto puede ser, y me confieso vencido. Pero sería un prodigio que no se ha visto ni se verá jamás, el de un hombre que despues de haber disipado en futilidades su fortuna, estuviese aun para los gastos necesarios, rico de unos bienes que dejó de poseer. Vuestros propios deseos dan vida á semejantes esperanzas: ¡tan cierto es que el hombre se engaña fácilmente á si mismo! ¡Tan cierto es que se persuade pronto de lo que desea! Pero con frecuencia la realidad desmiente nuestras quimeras.

Fijad, pues, los ojos, ¡oh atenienses! en vuestros verdaderos recursos, y vereis cómo es posible marchar sin que falte el sueldo. Descuidar, por no tener dinero, los preparativos militares y sufrir voluntariamente las más crueles afrentas; correr á las armas para oponerse á los griegos de Megara y de Corinto, y abandonar despues las ciudades de los helenos á las garras de un bárbaro, por no

tener pan para el soldado, no son cosas dignas de un pueblo prudente, ni de un pueblo magnánimo.

Con estas tristes verdades, no busco gratuitamente enemigos entre vosotros, no; yo no soy tan insensato ni tan desdichado que provoque un odio que sería inútil á mi pátria. Pero pienso que el deber del buen ciudadano es hacer oír la palabra que salva y no la palabra que lisonjea. Hé aquí los principios por los cuales se condujeron un Aristides, un Nicias, un Pericles y aquel cuyo nombre llevo. (1) Tales eran tambien, vosotros lo sabeis lo mismo que yo, los oradores de nuestros antepasados, cuya conducta se alaba en esta tribuna, sin que nadie trate de imitarla. Pero desde que se han visto aparecer esos oradores que os preguntan: *¿cuáles son vuestros deseos; con qué proposicion puedo complaceros?* desde entonces sucede que por su interés particular, por vuestro placer de un momento, apuran la copa de la fortuna pública; la desgracia acude, ellos prosperan, y consiguen engrandecerse á costa de vuestra honra. Pero comparad, en sus puntos principales, vuestra conducta con la de vuestros padres. Este paralelo será corto y comprensible para todos; porque sin recurrir á modelos extranjeros, los grandes recuerdos de Atenas bastarán para manifestar su fortuna. Pues bien, estos hombres que no eran adulados por sus oradores, y que no eran tan tiernamente queridos de ellos como vosotros lo sois de los vuestros, gobernaron cuarenta y cinco años á la Grecia voluntariamente sumisa; depositaron más de diez mil talentos en la ciudadela, y ejercieron sobre el rey de Macedonia el imperio que corresponde á los griegos sobre un bárbaro; vencedores en persona por mar y por tierra, erigieron numerosos y magníficos trofeos; y fueron, en fin, los únicos entre todos los mortales que de-

(1) Demóstenes, famoso capitán griego, que representó un papel principal en la guerra del Peloponeso.

jaron en sus obras una gloria superior á los golpes de la envidia. Esto hicieron puestos á la cabeza de los helenos: pero vedlos además en su pátria como hombres públicos y simples ciudadanos. Para el Estado construyeron tan hermosos edificios, adornaron con tanta magnificencia un gran número de templos, y consagraron en sus santuarios tan nobles ofrendas, que no han dejado nada en que pueda sobrepujarles la posteridad. Para sí mismos fueron tan moderados, tan amantes de las virtudes republicanas, que cualquiera de vosotros que conociese las casas de Aristides, de Milciades ó de sus ilustres contemporáneos, las encontraría tan modestas como todas las demás. No era por elevarse á la opulencia por lo que dirigian el Estado, sino para aumentar la grandeza de la pátria. Leales con los pueblos de la Grecia, religiosos con los dioses, fieles al régimen de igualdad cívica, se elevaron por una senda segura á la cima de la prosperidad.

Ved cuál fué la suerte de vuestros padres bajo los jefes que acabo de nombrar. ¿Cuál es la que debeis ahora á vuestros complacientes gobernantes? ¿Es acaso la misma? ¿Ha cambiado poco? ¿Cuántas cosas pueden decirse sobre esto! Pero yo me limitaré á una. Solos, sin rivales, estando Esparta abatida, Tebas ocupada en otra empresa, sin ningun poder capaz de disputarnos el primer puesto, pudiendo, en fin, pacíficos poseedores de nuestros dominios, ser los árbitros de las naciones, ¿qué es, sin embargo lo que hemos hecho? Hemos perdido nuestras propias provincias y disipado sin ningun fruto más de mil quinientos talentos; la guerra nos habia unido á nuestros aliados, y vuestros consejeros os han privado de ellos con la paz; y nosotros, nosotros mismos hemos aguerrido á nuestro temible adversario. Si alguien lo niega, que comparezca aquí y me diga de dónde ha sacado su fuerza Filipo, sino que del seno mismo de Atenas. Concedido, se dirá; pero si nos debilitamos en el exterior, la administracion interior es

más floreciente. ¿Qué podrá citarse en apoyo de esto? Almenas blanqueadas de nuevo, caminos reparados, fuentes reconstruidas y otras bagatelas. Dirigid, dirigid vuestras miradas á los administradores de estas futilidades; unos han pasado de la miseria á la opulencia; otros de la oscuridad al esplendor, y alguno ha llegado á fabricarse suntuosos palacios que insultan á los edificios del Estado. En fin, cuanto más ha descendido la fortuna pública, más se ha elevado la de ellos. ¿Cuál es, pues, la razón de estos contrastes? ¿Por qué todo prosperaba otras veces, mientras que todo peligra hoy? Esto consiste en que el pueblo, haciendo la guerra por sí mismo, era el señor de sus gobernantes, el soberano dispensador de todas las gracias; en que gustaba á los ciudadanos recibir del pueblo los honores, las magistraturas y toda clase de beneficios. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! Las gracias están en manos de los que gobiernan; todo se hace por ellos, y vosotros, ¡pueblo! enervados, mutilados en vuestras riquezas, sin aliados, permanecéis como inferiores ó como sirvientes; ¡muy dichosos si estos dignos jefes os distribuyen los fondos del teatro, ó si os arrojan una menguada ración de comida! ¡Y para colmo de bajeza, besais la mano que os dá, como por generosidad, lo que solo á vosotros pertenece! Ellos os aprisionan en vuestros propios muros, os entretienen con promesas, os amansan y habitúan á su capricho. Pero jamás el entusiasmo juvenil, jamás las valerosas resoluciones se inflaman en hombres sometidos á costumbres viles y miserables, porque la vida es necesariamente la imagen del corazón. Y os digo, ¡por Ceres! que no me sorprendería ver que la pintura de estos desórdenes atrajese vuestros golpes sobre mí más bien que sobre sus culpables autores. El hablar con franqueza no siempre ha sido posible ante vosotros, y nada me admira tanto como que ahora lo sufráis.

Si al menos hoy, apartándoos de esas costumbres des-

honrosas quisiérais empuñar las armas, llevarlas de una manera digna de vosotros, y emplear vuestros recursos interiores en reconquistar vuestras provincias, quizá, ciudadanos de Atenas, quizá conseguiríais una grande y decisiva ventaja. Rechazaríais esas miserables gratificaciones, débiles remedios que el médico administra al enfermo, igualmente ineficaces para volverle las fuerzas que para dejarle morir. De igual modo, los fondos que se os distribuyen, demasiado escasos para cubrir todas vuestras necesidades y demasiado abundantes para despreciarlos y dedicaros á útiles trabajos, solo sirven para prolongar vuestra inacción. ¿Se pregunta que si quiero aplicarlos á los gastos de la guerra? Quiero, en seguida, una regla, ¡oh atenienses! igual y comun para todos vosotros. Quiero que todo ciudadano que reciba su parte de los fondos públicos, vuele á donde el servicio público le llame. Pero ¿y cuando estemos en paz? Entonces debe darse al sedentario lo bastante para librarle de las bajezas que impone la miseria. ¿Y si sobreviene una crisis como la de hoy? Soldado, responderé: tu deber es combatir por la patria, y estas mismas liberalidades serán tu paga. ¡Pero mis años, dirá alguno, me dispensan del servicio! Pues bien, lo que recibes ilícitamente y sin fruto para el Estado, recíbelo legalmente á título de empleado en cualquier servicio de la administración. En una palabra, sin añadir ni quitar casi nada, destruyo los abusos y restablezco el orden, sometiendo á una medida uniforme á todos los que paga la República, lo mismo soldados y jueces, que ciudadanos empleados segun su edad y las circunstancias. En cuanto á los holgazanes, nunca diré: «Distribuidles el salario de los servidores de la patria; y en la ociosidad y la miseria, limitémonos á preguntar qué jefes y qué soldados mercenarios han vencido;» porque esto es lo que se hace ahora. Lejos de mí el censurar á los que os satisfacen una parte de lo que merecis; pero pido que vuestras obras os hagan

dignos de las recompensas que dais á los demás; pido que no abandoneis, ¡oh atenienses! ese puesto de virtud, noble herencia conquistada por la gloria y los peligros de vuestros antepasados.

Tales son, en mi juicio, los consejos que os convienen. ¡Que vuestra decision favorezca los intereses de cada ciudadano y los de la pátria!

---

---

## CUARTA FILÍPICA, Ó TERCERA OLINTIANA.

---

### Introduccion.

Diez y ocho triremes, cuatro mil soldados extranjeros y ciento cincuenta caballos fueron enviados á la Calcidica bajo las órdenes de Caridemo de Oreos. Despues de haber assolado la península de Palene y la Bottica, este jefe entró en Olinto, donde se señaló por su intemperancia y sus desórdenes. Los olintios, oprimidos mas bien que socorridos, pidieron en el mismo año por medio de una tercera embajada, tropas compuestas de ciudadanos atenienses. En esta ocasion fué cuando rechazando Demóstenes, más enérgicamente aun, la opinion de Eúbulo y Démades, que consideraban esta guerra como estraña á la República, habló por última vez en favor de Olinto.

### Discurso.

Yo creo, ¡oh atenienses! que más bien que grandes riquezas, preferiríais conocer claramente el partido más útil á la República, en medio de los acontecimientos que llaman vuestra atencion. Animados de este deseo, debeis sentir os ávidos de oír á los que quieren aconsejaros; porque si alguno os revelase pensamientos acertados, no solamente los aprovecharía todo el auditorio, sino, lo que es mayor fortuna para vosotros, muchos improvisarían entonces consejos oportunos, y el bien público, esclarecido por su concurso, haría que vuestra eleccion fuese fácil.